

Mi historia con ella

Cristhian Fernando Fustamante Serrano

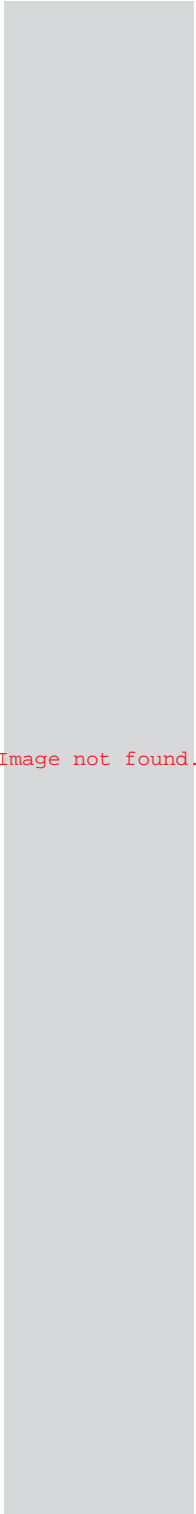


Image not found.

Capítulo 1

Mi nombre nunca estuvo en las bibliotecas de renombre, ni mi rostro en los textos educativos. Aun así me sentía una celebridad, toda una eminencia literaria. Y por ello mis homólogos siempre me tuvieron envidia (eso es lo que creía)

Podría recordar tantas situaciones, y todas ellas me daban la razón. Todas ellas alimentaban mi ego. Por ejemplo, un día, me invitó un conocido a la presentación de su libro. Una historia simple, tan falta de imaginación, que se me ocurrió empezar a revelar sus fallas en pleno evento (por supuesto que para esto, ya tenía una copia desde hacía unos días) Pero, en pleno ejercicio de mi pequeño experimento, llegó un hombre de seguridad y me dijo, sin que se enteraran los demás invitados: "tienes que retirarte". Entonces, indignado busqué con la mirada a Gaitán, mi conocido. Y cuando lo encontré, me ignoró. Es por eso que me fui pacíficamente (jamás me han gustado las peleas)

Al principio no lo entendí. No comprendí el motivo del disgusto de mi compañero. Mi ego me había nublado tanto, que aquello escapaba de mi exiguo razonamiento. "Todo comenzaba en mí y todo terminaba conmigo". Ese era uno de mis pensamientos recurrentes en esa época de mi vida. Pero, poco a poco, esto fue cambiando. Las cartas a eventos dejaron de llegar. Los mensajes de mis admiradores dejaron de asomarse por mi correo electrónico. Los editores empezaron a rechazar mis trabajos.

Mi ego empezó a menguar. Eran pocos los que me soportaban, los que querían reunirse conmigo; y como el ego necesita de alimento, de personas que supuestamente están por debajo de uno, éste empezó a decaer. Así, fue como llegó la frustración (no conseguía escribir más de 3 párrafos, antes de borrarlo todo y comenzar nuevamente) Comencé a despreciar al mundo. A aquellos que se estaban riendo de mí (era lo que pensaba, que todo era una trampa para que dejara de escribir, y así dejar el camino libre a escritores párvulos)

Lo único que me mantenía atado a la lógica y a un sentimiento puro, era el amor que le tenía a mi madre. Una mujer de 65 años, que sufría una fuerte osteoporosis y que sin embargo, podía darme un abrazo tan fuerte como el de un oso. Un abrazo que se daba una vez por semana, cuando la iba a visitar y le compraba lo que necesitaba.

Un día, fui a comprarle sus medicinas. En la tienda, había cola para pedir los productos así que me dispuse a esperar, a contar los minutos y a maldecir por el tiempo que estaba perdiendo. ¡Cada segundo que perdía, era un segundo ganado para aquel escritor que buscaba quitarme mi

lugar!

Para cuando estaba a punto de llegar a pedir la medicina, me percaté en el libro que tenía una chica que estaba por irse de la farmacia. ¡Era un libro que había escrito! “La agonía del dolor” era el título. ¡Un admirador estaba tan cerca a mí, luego de tantos meses sin ver uno! Era el escenario perfecto para que hablara con él. Así que salí de la cola y la seguí.

Image not found.

Capítulo 2

“Señorita, ¡disculpe!”, recuerdo que le dije. “¿Qué tal le ha parecido el libro?” (Ni siquiera me tomé la molestia de saludarla) Ella volteó hacia mí, con unos lentes oscuros, que hacían juego con su vestido negro. Sentí que me miró, con desdén, y me dijo, rápidamente: “No lo he leído, y disculpe, no tengo tiempo para hablar con extraños”

Jamás en mi vida, me habían hablado con tal insolencia. A mí, un respetado escritor. Al que le aguardaban incontables premios gracias a su impecable trabajo. Pero, parecía que ella era una analfabeta, que sólo quería aparentar ser culta, por llevar un libro debajo del brazo. Y para el colmo, ¡era un libro mío! Me enfurecí, y antes de que ella se fuera, le dije: “¿Qué haces con libros que no vas a leer? La lectura no es moda, es...” Antes de siquiera comenzar mi pequeño discurso ante la desconocida de cabello ondulado, me interrumpió. “No es un libro para mí. No lo he comprado para mí. Y hasta aquí se acabó la conversación” Acto seguido, me dio la espalda, siguiendo su camino.

Seguía furioso, y por ello, con ganas de hacerle saber de lo que se perdía, la seguí nuevamente y alcé la voz para que me escuchara: “Aunque no sea tuyo, ¿no te apetece leerlo?” Me sentía ganador una vez terminada mi frase, tan corta, pero que creía efectiva. Sin embargo a la chica de cintura delgada, no pareció afectarle en nada. Se paró a mitad de la calle, llamó un taxi. Y al momento de abrir la puerta, me dijo, sin emoción alguna: “Para nada”

Su respuesta me dejó helado. Tanto me desconcertó la idea de que alguien ignorara mi libro, que me quedé inmóvil por varios minutos. “El mundo está al revés” es lo que pensaba. ¿Cómo podría alguien no querer leerme?

Cuando pude por fin reaccionar, un niño me estaba pidiendo limosna. Recuerdo que le dije que no gritándole. El niño se fue corriendo. Me hervía la sangre, aún más con la gente que me miraba y murmuraba en la calle. “Es un demente”, “¿qué clase de persona le grita a un niño así?” Quería en esos momentos pegarle a alguno de ellos. Pero, mi reputación se mancharía. Así que decidí regresar a casa con las medicinas.

Al llegar, mi madre notó mi sufrimiento, a pesar de que quería ocultarlo esbozando algunas sonrisas. “¿Qué te aflige?” “Nada, madre” “No me mientas hijo, te conozco más de lo que tú te conoces” No pude hacer más que contarle que una mujer había destrozado mi esperanza de ser reconocido como escritor. Se lo dije así, sinceramente, porque mi corazón sólo se abría con sus palabras. Ella, al terminar de oír mi historia, me besó la frente, y me dijo: “Esa mujer llegó para cambiar tu mentalidad, cambiar tu perspectiva. Quien sabe, quizás estaban destinados a conocerse” Fingí

reírme con su respuesta, porque mi mente no se ponía de acuerdo en qué creer. En ese momento, el teléfono de casa sonó. Yo contesté... ¡era la voz de aquella mujer! No podía equivocarme. ¡Era ella y llamaba a mi madre! "Aló, buenas tardes" "Bu...buenas tardes" "Buenas, ¿se encuentra Carmen Valle?"

Image not found.

Capítulo 3

“¿De parte?” “Soy Victoria, del club de lectura” (¿Un club de lectura?... la misma mujer inculta que había desdeñado mi libro... ¡estaba en un club de lectura!) “Sí, ahora le comunico”

Me senté en el sillón cuando mi madre contestó. Se le veía tan alegre a la hora de hablar con esa mujer. Quince minutos de charla telefónica, en los cuales me enteré que había conocido a Victoria allí y se habían vuelto buenas compañeras.

Al terminar la conversación, me invitó un delicioso té con galletas y me empezó a contar de su nueva actividad.

“No te lo quise decir, porque primero quería confirmar que no sería pasajero. Pero, ahora estoy convencida. Es en lo que quiero estar. Me siento a gusto con las personas que he conocido en ese grupo. Me ayudan a olvidarme un poco de mi enfermedad... ¡deberías entrar allí!”

Me sorprendió que mi madre dijera eso. Una actividad con mucha gente que le gusta leer. Estar allí significaría que podría promocionar mi libro de alguna manera. Y quizás reponerme al mal momento en el que me encontraba. Así pensaba, al principio. Lo que no terminaba de convencerme para ir al club de lectura, era tener que encontrarme con la irritante Victoria.

Solo había bastado una conversación para no querer volver a encontrarme con ella. Por un momento pensé en decirle a mi madre que no. Pero, luego pensé que esa chica no iba a determinar mi destino (¡La ironía de la vida!) Yo haría lo que me plazca, para poder llegar a mi meta.

Así es como un lunes, llegué con mi madre del brazo a una cabaña. Un tanto alejada, pero con un hermoso paisaje que la rodeaba: el frente, aparte del camino para llegar, estaba lleno de pinos con sus respectivas aves; atrás un enorme lago, transparente como la sonrisa de mi madre al encontrarse con sus compañeros.

“Les presento a mi hijo que esta vez ha decidido acompañarnos. Es mi orgullo y mi soporte. Sé que nos ayudará mucho, porque es un gran escritor” Mi madre, como siempre, diciendo la verdad (mi ego resurgió cuando vi los ojos de sus compañeros, maravillados de tenerme a su lado) Me sentía alegre, y todo hubiese seguido de esa forma si no la hubiese visto.

Me miró, la miré. La evité y entré a la cabaña con mi nuevo séquito. Me sentía un dios. Pero entonces, ella me interceptó preguntándome: “¿Cuántos libros has escrito?” Me quedé helado por la pregunta repentina.

“Mi madre me salvó”, pensé. “Olvidé presentarlos. Victoria, él es mi hijo, Rubén. Rubén, ella es mi amiga, Victoria. Espero que se lleven muy bien” Esas últimas palabras me hicieron dar cuenta de que mi madre no me había salvado.



Image not found.

Capítulo 4

“Creo que te he visto” Tragué saliva. “¿En serio? No te recuerdo”

Quería que me tragara la tierra. ¿Cómo no podía acordarse de mí? Yo había guardado su rostro en mi mente. Lo tuve rondando todas mis mañanas y mis noches, a pesar de que no quería volverla a ver. Lo mantuve presente en mí, porque ella fue quien me bajó un poco de la nube en la que vivía. Pero, aun así, para ella yo no había tenido ni la más mínima importancia en su vida. Eso me enojó. Así que me propuse conquistarla con mi magnífico historial de libros.

“...O quizás te he confundido con alguien más...” Me interrumpió, mirándome de pies a cabeza, pero no despectivamente. “¡Ah! Sí, te recuerdo. El chico que se empeñó en decirme que leyera el libro que tenía en los brazos... ¿acaso era de su autoría?”

Pocas palabras y ya había destrozado mis estrategias. El destino, convertido en mujer, me golpeaba sin misericordia. No había forma de que ella hablara y yo no le tomara importancia a sus palabras. Era tan insoportable, que decidí dejar de fingir, por primera vez en mi vida, ante la gente.

“Sí, señorita. Fui yo. Y ese era mi libro. Quería que tuviese ganas de leerlo, porque últimamente he tenido una mala racha en ventas. Pensé que si alguien se permitía comprar alguno de mis libros y leerlo...” En ese momento suspiré. “...podría motivar a más personas para que lo compraran”

Los ojos de Victoria se agrandaron. Su rostro denotaba la expresión del incrédulo ante un suceso inverosímil. Al encontrarse nuestras miradas, ella se sonrojó. Pensé que por primera vez había ganado, a pesar de rebajarme ante todos y mostrarme como alguien temeroso. Pero, claro, digo “pensé”, porque la realidad fue muy distinta a mi imaginación.

“Aquí estamos para apoyarnos los unos a los otros. Leeremos algunos capítulos de tu libro después completar nuestra agenda” Al terminar de decirlo me dio unas palmadas en la espalda y me sonrió aún sonrojada.

“Me ganaste. Jaque Mate. Vencieron al rey. Los párvulos e ignorantes se sentarán en su trono sin ninguna justicia divina que pueda interceder” Todo eso pensé. Me dieron muchas ganas de irme, pero no lo hice al ver a mi madre charlando alegremente con una de sus amigas. Fue en ese momento que comprendí, que algo más valioso que mis libros, algo mucho más importante que los premios, la fama, el ego, algo que nunca nadie me podría dar nuevamente, era el amor de mi madre. Y yo estaba allí por ella. Para verla sonreír y que sepa que su hijo aún la amaba, como

para compartir su vida con ella, como ella lo hizo cuando yo nací.

Luego, de pensar en esto, me senté plácidamente en un sillón esperando el comienzo de las actividades, pero me sorprendió la mano de Victoria que me invitaba a estrecharla. Al momento de hacerlo (quise ser caballero, a pesar de que me hervía la sangre) me percaté que me entregaba una nota.



Image not found.

Capítulo 5

“Supongo que tu idea de promocionar tu libro de esa forma, no entraba en tus planes. Pero, ¿qué plan sale a la perfección?”

Quería ver sus ojos, al terminar de leer la nota. Sin embargo, ella ya no estaba en la habitación. Me decidí ir a hablar con ella (algo en mi cerebro funcionó mal esa vez. De eso estoy convencido. En ninguna otra circunstancia hubiese pensado en ir a buscarla y mantener una conversación después de todo lo que había ocurrido. Así, a veces, el destino gana la partida)

Después de buscarla por unos minutos, la encontré atrás de la cabaña, sentada en un columpio. Me quedé observándola y me percaté que observaba el lago, mientras sostenía un cigarrillo en su mano izquierda. No estaba encendido. Me quise acercar sin que lo notara, pero mis pasos en la tierra me delataron.

“No servirías de ninja” me dijo con voz suave, al darse la vuelta para verme. “Tu sarcasmo sigue intacto” Intenté dibujar una sonrisa en mi rostro mientras lo decía, pero al momento me di cuenta de que no había salido tan bien, ya que al mirarla vi que levantaba su ceja derecha.

Dejé de intentar de sonreírle y nos quedamos viendo por un largo tiempo (lo considero largo, porque tuve una discusión en mi cabeza. ¿Cómo comenzar una conversación?, pero ella, como de costumbre, me interrumpió) “Y dime, a ¿qué te dedicas?” “Por todos los métodos quieres hacerme enojar, ¿no?” Me miró a los ojos, con una profundidad que jamás he vuelto a sentir en mi vida. Y rió. Al instante, me sentí un idiota. Ella debió notarlo, así que paró de reír y me dijo: “Quiero decirte algunas cosas. Pero antes, quiero que me prometas que me dejarás hablar sin interrumpirme” Asentí con la cabeza. “Bueno. Debo pedirte perdón por cómo me expresé la primera vez que nos conocimos. El libro lo había comprado para mi hermana. Ella me lo había pedido. Es tu fan desde hace mucho... Creo que podrías conocerla. Aunque para eso debo cambiar tu actitud más de lo que he logrado hoy”

Al callarse sentí escalofríos. ¿Intentaba cambiarme? ¿Por qué? Si ni siquiera me conocía... “El día que me conociste me dijeron que me quedaban algunos meses de vida” El nudo en la garganta no me dejó hablarle. Me sentí el doble de idiota al no poder decirle nada. Nos quedamos mirando, y ella volvió a sonrojarse. Me acerqué a su columpio. La abracé. Sentí sus lágrimas en mi cuello. Se disculpó. Yo seguí sin hablar.

“En otro tiempo, en otro lugar, te hubiese permitido que me invites a salir. Conocernos” En ese momento ella me abrazó también. “Desde la primera

vez que te vi, no te fuiste de mis pensamientos. Aún espero conocer el porqué de esto." "Creo que no importa el porqué. Lo importante es lo que sentimos en este momento. Importa el hecho de no habernos encontrado antes. Importa, que a pesar de las circunstancias, hemos abierto nuestras almas"

Desde ese día nos empezamos a conocer más. Todos los lunes en el club de lectura, mientras nos leíamos versos; y de martes a domingo a través de largos paseos por la ciudad. (Pero, todo lo grandioso en esta vida tiene su fin) Así, transcurrió dos meses, hasta que ella empezó a decaer teniendo que ser internada en un hospital. Allí la fui a visitar con mi madre. (En esos días, mi conducta se había transformado. Yo era otro. Ella logró cambiarme. Su risa me mostró la verdadera honestidad)

Aún recuerdo el último poema que le leí, el mismo que le enseñé a su hermana, cuando la conocí:

Amor eterno

Podrá nublarse el sol eternamente;
Podrá secarse en un instante el mar;
Podrá romperse el eje de la tierra
Como un débil cristal.

todo sucederá! Podrá la muerte
Cubrirme con su fúnebre crespón;
Pero jamás en mí podrá apagarse
La llama de tu amor.

Gustavo Adolfo Bécquer

Image not found.